

TÍTULO: Anagnórisis.

AUTOR: Miguel Ángel Carmona del Barco.

Lo único real de mi disfraz de plañidera son las lágrimas. Eso debe ser así, por definición. Quiero decir, un disfraz es un artificio, una simulación, pero debe ser verosímil. Sin embargo, el hecho de que lllore de verdad convierte el resto en una parodia. Una mentira pura es creíble; una a medias, como un collar con cuentas de plástico y broche de calamina en el cuello de una adolescente vestida de novia con el traje de su madre.

Me quedo largo rato mirándome al espejo, buscando el brillo exacto en mis pupilas —esta vez, jugando con el reflejo de mis lágrimas como si ya fueran parte del disfraz— hasta comprender que, si no pienso en ti ahora mismo, muerta sobre tu cama, y te imagino perdida de mí entre la multitud —como tantos años— aún podré disfrutar de nuestro último lunes de Carnaval juntas.

Eso me lo enseñaste tú, el primer día que me negué a acompañar a papá a misa de once y me quedé en casa contigo. Me enseñaste tantas cosas en esa hora del domingo. Era salir papá por la puerta y montábamos nuestra escuela clandestina, como si viviéramos en Afganistán —aunque por ahí iban los tiros—.

Nuestras obras de referencia, nuestra bibliografía básica, fueron los seis álbumes de fotos de los años de vuestro noviazgo. Aprendí los secretos del amor, la soledad y la muerte gracias a un cómic que construiste con palabras, explicando aquellas imágenes; también con silencios pesados como culpas.

Una vez me mostraste una foto del velatorio de la abuela. Podría haber dicho qué miedo, pero dije qué pena. Tú me miraste muy seria:

—Los débiles usan la pena para colocarse por encima de los desgraciados. ¿Quién

te ha dicho que se está mejor vivo que muerto? Uno siente pena por los demás cuando necesita que la vida de los otros sea peor que la propia.

Aquello era muy distinto de lo que me enseñaban en catequesis o en las convivencias de la parroquia, mis únicas ventanas al mundo aparte de papá y de ti — cuando eras accesible—. Callaba y tomaba nota. No te creía, pero no me atrevía a discutir contigo. Por aquel entonces, aún no.

Ese primer día me dijiste:

—No construyas una mentira entorno a una verdad, nunca. La mentira es una verdad en sí misma, del mismo modo que la verdad es una mentira. En realidad, es imposible diferenciarlas.

En carnavales papá se marchaba de la ciudad. Detestaba el paganismo de la fiesta mayor; pero, sobre todo, era incapaz de soportar nuestra conexión. Primero trazábamos los patrones en papel de seda, de rodillas sobre el suelo del salón. Íbamos juntas al mercadillo o a Peysan y comprábamos las telas. Tú discutías siempre con los dependientes como si fueras un sirviente de rango que comprara para la reina. Comíamos en cualquier bar del centro y terminábamos el día en aquella mercería de la calle La Maya donde tenían todo lo que les pidieras.

Por la noche, hartas de café y anacardos con miel, transferíamos los patrones a la tela con una tiza que, previamente, debía haber robado yo del colegio —¿por qué decidimos eso?— y los cortábamos. El día siguiente lo pasábamos confeccionando. Yo hilvanaba y tú cosías con la máquina. Después, yo quitaba los hilvanes con la punta de la tijera. Era lo que más me gustaba. Creo que sólo por eso me hice enfermera.

El lunes de Carnaval salíamos juntas. Nunca nos dejábamos ver antes: el sábado era para los aficionados. Pisábamos la calle a eso de las diez como si fuéramos

conscientes de cumplir una profecía, las dos, las elegidas. Caminábamos para ser observadas. Al principio, cuando aún me considerabas una niña, pasábamos la noche en la calle, sobre todo en San Juan al ritmo de tambores y murgas. Sin embargo, la verdadera historia empezó el año en que me levantaste la veda del alcohol y nos emborrachamos. Papá se enteró por su amigo, aquel torero que era dueño de aquel bar que elegiste, probablemente —ahora lo veo claro—, para utilizarme como ariete en vuestro matrimonio. No te culpo. El Opus me da tanto asco como a ti; pero no entiendo cómo pudiste casarte, tú, progre entre las progres, con alguien como papá. La bailarina exótica y el diplomático locuaz podrían haberse enamorado en Tánger pero, ¿aquí?, ¿en Badajoz? Venir a parar a esta ciudad de cartón piedra y atardeceres pintados con ceras Manley, donde los días tienen más horas de la cuenta y los meses se suceden aleatoriamente, mayo tras septiembre y junio antes que abril. Todos trastocados excepto el inamovible febrero. Tres días antes del Carnaval, papá hacía las maletas y se iba a su retiro a Segovia. No pocos padrenuestros rezaría por nuestras almas. Espero que nunca utilizara el cilicio.

Aquel lunes de Carnaval —el mismo día que empezaron tus migrañas—, me serviste vino —dos copas— y después me llevaste al Ibiza. Pedí una bebida al azar, creyendo que tú también cambiarías a licor: un Martini. Pero tú seguiste con el vino. Allí había amigos tuyos que nunca había visto y que te saludaron como a un familiar que emigró a las Américas. Apartaron las mesas y dejaron un hueco irregular en el centro del bar, a pesar de la aglomeración. Me sentaron cerca de ti, protegiéndome del tumulto, y bailaste para nosotros.

De camino a casa, mi odio por papá, por la religión y por toda ropa que no fuera un disfraz puro —una mentira en la que refugiarme de la verdad patética— estalló como una garrapata calentada con un mechero. Eras una diosa que había devenido

servienta y que intentaba transmitir su sabiduría en mi hora del recreo, una sola a la semana.

Juntas —tú desde la cama, con la luz apagada, ambas susurrando para no despertar al dragón que te daba zarpazos dentro de la cabeza— urdimos un plan para deshacernos de él que, básicamente, consistía en ignorarlo, en convertir en verdad la mentira de que no existía. Levantamos un muro entre él y nosotras. Buscó durante años una grieta y no la encontró porque no la había. Tampoco había muro. Sencillamente, era verdad que él no existía. Así lo corroboramos el día en que todas sus cosas desaparecieron de casa.

La vida se convirtió entonces en aquello que ocurría entre un lunes de Carnaval y otro, inevitablemente, como si fuéramos manecillas de un reloj dando vueltas en la esfera. Incluso cuando los dolores dieron paso a la desmemoria y empezaste a olvidar, como si alguien estuviera vertiendo lejía sobre tu memoria, era ver febrero en el calendario y cambiarte el humor, centrarte en lo importante: patronaje, mercadillo, mercería, tiza —esta vez robada por Ana—, café y anacardos, y confección, aunque ahora yo manejaba la máquina y tú hilvanabas y deshilvanabas, como si quisieras imitar el curso de tus recuerdos. Por fin un año ganamos el concurso del barrio con unos disfraces tan surrealistas como coloridos. Cuando el presidente de la asociación de vecinos nos preguntó el nombre con el que debía inscribirnos tú le respondiste algo que aún hoy no sé si improvisaste o habías estado toda la noche pensando: "Dolores de cabeza, brujería y otras faltas de ortografía". Fue tan divertido ver al secretario intentar que aquella parrafada le cupiera en el registro de concursantes y también tu cara, disfrutando de mi desconcierto.

—Nunca te pierdas un lunes de Carnaval por mi culpa —me dijiste pocos meses después—. Si lo haces, pasará algo terrible.

Estabas en la cama y yo junto a ti cogiéndote la mano, intentando construir una mentira lo suficientemente sólida como para soportar los embates de la verdad: ancianidad-muerte-soledad, pero no lograba ni siquiera poner una piedra sobre otra. Faltaba entre ellas el mortero de tu voz. Por eso cuando te escuché hablar con la mirada puesta en mi lunar de la mejilla, como hacías siempre que querías ser creída, miles de curris escaparon de Fragel Rock para levantar la muralla más alta e inexpugnable: intramuros, tú no te estabas muriendo, y punto.

Ahora, tumbada en tu cama, vestida de cadáver, sin una sola grieta en tu disfraz, esperarás a que salga por la puerta, te levantarás tranquilamente y me seguirás. Y cuando la gente me pregunte por ti les diré que este año, como cada año, te has metido de pies a cabeza en el personaje.